

Los últimos cinco minutos

Carlos Arturo Narváez Moreno

Cuentos de Pandemia

2021

—Señor don Diablo, vengo a presentarle a usted, excelentísimo, la catastrófica situación que estamos viviendo desde el inicio del año 2020. Represento al Sindicato de Servidores del Infierno, T-XXI, Segundo Patio, Anillo Intermedio. El constante flujo de almas en pena que nos han llegado al infierno es como una oleada eterna de un mar tormentoso en una noche sin fin. Estamos agotados. Situación parecida vivieron nuestros viejos en otras épocas, como cuando asoló la plaga de Justiniano en la Antigua Roma, la gripe rusa o el cólera en los albores del siglo XX. En todas esas epidemias estuvimos sobreexigidos, pero todas se limitaban a algunos territorios, o su reguero por los continentes era lento. Teníamos tiempo para prepararnos. Por el contrario, Gran Jefe Supremo, esta peste, sumada a la rapidez de aviones y trenes supersónicos, ha hecho que se esparza más rápido que una *fake news*. Se mueren por cientos de miles simultáneamente en todo el planeta. Estamos largamente superados.

Lucifer, con la espalda encorvada por el peso de los siglos y los siglos, se movió en su asiento, se irguió con dificultad, apretó su tridente, le salieron rayos apagados por los ojos y con una voz áspera que llenó el recinto, dijo:

—Si no están capacitados para el trabajo, se van.

El delegado retrocedió asustado, las piernas le temblaron. Trató de controlarse y respondió con voz entrecortada:

—Mi señor don Diablo, no pedimos nada, ni alimentación, ni salarios decentes. Para su tranquilidad, de beneficios previsionales: ni una palabra. Solo queremos poner en su conocimiento lo que se murmura en la oscuridad de los pasillos.

Don Diablo movía su cabeza lentamente en forma desprolija y cansina. Levantó su mano izquierda.

—Exponga su punto. No se exceda. A mí nadie me pasa gato por liebre. Recuerde que además de diablo, soy viejo.

—La temporada 2020 ha sido la mejor en mucho tiempo. Usted ilustrísimo, reina en el mundo a sus anchas. La oscuridad campea por doquier, las noticias falsas cun-

den a la velocidad de la luz, las redes del odio y sus trinos se multiplican por millones. Se inaugurará con bombos y platillos el Seminario Narciso Maligno II, al que asistirán sus estudiantes más destacados: Donald, Vladimir, Jair, Nicolás, Sebastián y Manuel Antonio. Mención aparte Alvarito, el Matarife de Colombia y su títere: Ivancito. ¡Qué excelentes videoconferencias! Por otro lado, los contratos para propagar las tinieblas son de primerísimo nivel. Abundan las noticias de masacres y violencia. El fascismo ha cobrado el vigor que no tenía en muchos años. No recordábamos algo tan bello desde los tiempos de Adolfo y Benito. Señor, ¡en su honor entonamoscoros y loas!

Don Diablo se levantó completamente y el piso que lo sostenía crujió. El delegado claramente se estaba excediendo.

—Al grano, me estoy aburriendo.

—Dignísimo, antes teníamos tiempo para revisar sus tutoriales día a día. Nos manteníamos muy activos en Twitter y todas las redes sociales de calumnias, mentiras y conspiraciones. No perdíamos los cursos de fraudes bancarios, engaños inmobiliarios, quemas de bosques nativos, tráfico de armas y de drogas. Ahora no nos queda ni un segundo, aunque hemos incorporado cientos de miles de ayudantes. La invasión de muertos a todas horas del día no nos da espacio. Nuestro patio, Anillo Intermedio, que siempre se mantenía con una ocupación del 35,4%, según el último reporte, está saturado. No cabe ni un alma. Hemos habilitado la tercera, cuarta y séptima zona desértica; y aunque son áridas e inhóspitas, ya no asustan ni a los niños. Algunos se rien de nosotros y en tono sarcástico se ha escuchado: «¿Y esto era el famoso infierno?». Estamos perdiendo seriedad, mi señor.

—¿Y qué se sabe del cielo?, ¿qué ha hecho Pedro? —retrucó don Diablo.

—Enviamos espías. Si bien es cierto que también están con un aumento de postulantes para entrar, allá arriba se encuentran mucho más relajados que nosotros. Lo más indignante, según nuestros observadores, es ver a esos querubines, como les llaman, con sus caras rosadas, mofletudas y sus bolas al aire, danzar sonrientes de aquí para allá, mientras escogen quién entra y quién es despachado hacia nuestros patios. Sin exagerar, la proporción es 1 por 10.000. Según los últimos reportes casi nadie entra al cielo. Antes las reglas eran claras: si algún mortal se arrepentía en sus últimos cinco minutos de vida, ¡nunca después!, sus pecados le eran perdonados y se iba derecho al cielo. Si eso se respetara, otro gallo nos cantarían. En cambio, en estos tiempos se amparan en una milenaria cláusula y exigen que antes de morir, además del arrepentimiento, deben hacer por lo menos una buena obra, según se lee en Fojas 38, inciso 14, del Gran Libro del Inicio de los Tiempos. Pero a los enfermos de esta peste los acuestan boca abajo, les ponen tubos con oxígeno por la nariz. Les duele hasta respirar. Solo piensan en sobrevivir. Excepcionalmente podrían hacer algo bueno antes de estirar la

pata. Casi nadie alcanza el perdón eterno. Con el nulo tiempo que tenemos, insistimos, no hemos podido disfrutar con el dolor y la soledad de esos enfermos y sus familias. Tampoco hemos tenido tiempo para gozar viendo a los alcohólicos y drogadictos golpear a sus mujeres e hijos encerrados en mansiones y en tugurios, ni ver a las fuerzas de seguridad cegando multitudes. Menos aún, sentir la desesperación de los millones de nuevos pobres.

—Se acabó mi paciencia. —Por un rato largo, gobernó el silencio—. ¿Qué es lo que quieren?

—Señor don Satanás, usted debe renegociar con ese sinvergüenza del Pedro. Solo pedimos que se respete la norma de los cinco minutos. Si los mortales piden perdón en ese plazo, se les debe conceder la gracia eterna. Eso, mi grandísimo y excelentísimo señor, solo eso, sería un gran alivio.

